

연남동

Kim Jiyun

El misterio de la lavandería de Yeonnam-dong

El *bestseller* coreano que ha fascinado
a lectores en todo el mundo.

 Planeta

KIM JIYUN

EL MISTERIO
DE LA LAVANDERÍA
DE YEONNAM-DONG

Traducción de Álvaro Trigo Maldonado

Jindeol sollozaba. Era el perro de raza jindo que el viejo Jang había empezado a criar tras el fallecimiento de su esposa. Jindeol, que ahora tenía nueve años, no podía hacer sus necesidades en casa. Normalmente orinaba en el patio o cuando salían de paseo. Jang siempre le dejaba la puerta que daba al patio un poco entreabierta, pero ese día se había cerrado con el fuerte viento de finales de la primavera. Por ese motivo, Jindeol había estado varias horas frente a la puerta aguantándose hasta que terminó orinando sobre la manta verde del anciano, que era lo más parecido a la hierba que había en la casa.

El viejo Jang había caído en un sueño profundo mientras veía la televisión en el salón, y llevaba un buen rato así. Sin embargo, terminó despertándose cuando la orina fue extendiéndose por la manta.

—¡Ay, qué frío!

Cuando Jang abrió los ojos, se encontró con las pupilas negras y brillantes de Jindeol, que lo miraban con expresión lastimera. Sintiendo pena por Jindeol, se levantó rápidamente.

—Jindeol, ¿por qué haces el pis aquí? Ah, que la puerta

estaba cerrada... ¿Lo has pasado mal aguantándote? No pasa nada..., lavaremos la manta. La meteremos en la lavadora y problema resuelto...

Abatido, Jindeol frotó su cabeza en la rodilla del señor Jang y movió la cola con fuerza. Jang metió la manta en la que había orinado en una vieja lavadora con el botón de encendido desgastado. Como no se encendía, volvió a presionar con fuerza el botón con su pulgar. Eligió el programa para mantas y el tambor comenzó a dar vueltas. Tardaría una hora y cuarenta y cinco minutos.

Jang vivía en una casa independiente y no tenía que preocuparse por si molestaba a los vecinos con el ruido, por más que pusiera la lavadora en mitad de la noche. La casa blanca de dos plantas estaba situada en Yeonnam-dong, tenía un patio bastante amplio con el césped bien cuidado y una gran puerta de hierro resistente. Habían pasado cuarenta años desde que se mudó allí. Cuando llegó, era un tranquilo barrio residencial de casas bajas, pero a medida que Hongdae fue ganando fama como lugar de ocio entre los jóvenes, Yeonnam-dong también se hizo más popular. La mayoría de los vecinos habían convertido sus casas en locales comerciales y se habían marchado tras alquilarlas a alguna cafetería, restaurante de moda u otros negocios del estilo. Por esta razón, la casa del señor Jang, con su puerta azul, era una de las pocas que seguían habitadas del barrio.

La casa tenía tres habitaciones en el primer piso y otras tres en el segundo. Era grande para una sola persona. El viejo Jang a veces se había planteado mudarse, pero no era capaz de desprenderse de esa casa que mantenía intactos los recuerdos especialmente felices que había

compartido con su esposa. La magnolia, el azufaifo, el caqui, las parras en los bordes del patio, las balsaminas, las rosas e incluso los tomates cherri que estaban a punto de florecer en las macetas junto a la puerta principal... todo había pasado por las manos de su esposa. A Jang, que ahora tenía ochenta años, cada vez le costaba más cuidar de la casa y del patio. Sin embargo, creía que su esposa estaría contenta en el cielo si cuidaba bien de los árboles y las flores.

El viejo Jang se tomó un vaso de agua tibia y cogió el mando del televisor. Se quedó adormilado mientras daban las noticias y se despertó cuando la lavadora empezó a temblar hasta completar el último ciclo de centrifugado. Luego la máquina emitió un pitido que indicaba que el programa había llegado a su fin. Jang se detuvo frente a la lavadora y extrajo la manta con un gruñido. Todavía seguía algo húmeda, así que la sacó al patio y la colgó en el tendedero. Durante todo el camino intentó no pisar a Jindeol, que lo había seguido al cuarto de la lavadora e iba detrás de él. Aún no había salido el sol, pero como amanecía bastante temprano decidió colgar la manta tal cual, pensando que por la tarde estaría seca. Jindeol solo se sintió aliviado cuando Jang tendió la manta y se dispuso a volver. Fue a defecar junto al caqui y escarbó la tierra con las patas.

—Jindeol, ¿te sientes mejor?

Jindeol ladró moviendo la cola y se acercó al anciano, que se llevó el dedo índice a los labios.

—¡Shhh! Los demás todavía están durmiendo, no podemos hacer ruido.

Jindeol dejó de ladrar.

—Eso es, buen chico. ¡Venga, vamos rápido adentro, que hace frío!

Por las tardes había mucha gente en el centro para la tercera edad. Que se reunieran personas mayores de setenta años resultaba inusual para Hongdae, que se había hecho famoso como zona de marcha entre los más jóvenes.

—Doctor Jang, últimamente me duelen mucho las rodillas. Antes solo me pasaba al caminar, pero ahora me duelen hasta cuando estoy sentada o acostada. ¿Qué debería tomar? —dijo la señora Hong después de darle un sorbo al café instantáneo que se había llevado en una botella de plástico. El viejo Wu, que siempre había sentido cierta rivalidad con Jang, la regañó:

—Ni siquiera es médico, ¿qué sabrá un farmacéutico? ¡Si te duelen, lo que tienes que hacer es ir al hospital!

—Cada vez que vamos al hospital me hacen una prueba, luego otra, y así se nos pasa todo el día. Por favor, doctor Jang, recomiéndeme algún medicamento.

Jang se aclaró la garganta y respondió, lanzando antes una mirada de reproche al señor Wu:

—Podría ser o bien por la edad o porque la vida de los cartílagos haya llegado a su fin.

—Eso de «doctor» le viene grande para tratarse de alguien que tuvo que cerrar la farmacia el año pasado por aquel... —comenzó a decir el viejo Wu, e interrumpió su frase por la mitad.

El viejo Jang, que había regentado una farmacia frente a la estación de Sinchon durante casi cincuenta años, se había visto obligado a colgar la bata de farmacéutico

porque, tras leer mal la receta, había suministrado medicamentos de más a un paciente.

Jang se aclaró varias veces la garganta antes de hablar:
—Luego le envió un mensaje.

—Parece que alguien quiere seguir jugando a las farmacias hasta el final —replicó el viejo Wu, mirando a la señora Hong con el ceño fruncido.

—¡Señor Wu! Ya basta. Esas palabras son hirientes para el doctor Jang. Ahora que nos estamos haciendo mayores deberíamos consolarnos los unos a los otros...

—No sé cómo tomármelo, señora Hong. ¿Qué es eso de llamarme «señor» todo el rato, y a él, «doctor»? ¿Me está haciendo de menos?

—Será mejor que nos marchemos, doctor Jang. Jindeol lleva demasiado tiempo esperando fuera —dijo la señora Hong, tirando de la manga de Jang y saliendo con él por la puerta.

Jindeol, que esperaba frente al centro de la tercera edad atado con la correa, movió la cola al ver a la señora Hong.

—Pobre Jindeol. Lamento que por culpa de unos viejos amargados no puedas entrar. Te he comprado algo rico.

La señora Hong sacó una barrita con sabor a carne para perros del bolso rojo que había tejido ella misma.

—¡Pero bueno! Vaya lujos, ¿eh, Jindeol?

—No le haga caso. ¡Ese viejo! Se vino a nuestro centro de la tercera edad porque en el que estaba antes nadie le hacía caso, y por lo que veo sigue igual, buscando pelea con todo el mundo.

—Luego le envió un mensaje con el nombre de un buen suplemento nutricional para las rodillas.

—Ay, doctor Jang. Se lo agradezco mucho.

—Para nada, me alegra seguir siendo de ayuda. ¿Pasará por la escuela ahora a recoger a su nieto?

—Sí, ya es casi la hora.

—Como queda de camino, yo también podría dar una vuelta con el chico por allí.

Cuando el viejo Jang le hizo un gesto a la señora Hong para que la acompañara, ella respondió:

—No, no puedo acercarme a la puerta de la escuela...

—¿No iba a recoger a su nieto?

—Me dijo que no lo esperase frente a la puerta, sino un poco más lejos. Supongo que le da vergüenza que sus amigos descubran que a su abuela le falta un dedo... Lo perdí mientras trabajaba cosiendo a máquina de joven. Era lo que tocaba para criar a su padre. ¿Qué le voy a hacer? Tampoco quiero que mi nieto se vea en apuros por mi culpa... —dijo la señora Hong bajando la voz mientras se frotaba el muñón del índice mutilado de la mano izquierda y sonreía con amargura.

Solía restarle importancia bromeando con que el sueño de su vida había sido llevar un anillo de bodas, pero el viejo Jang era consciente de que no debía de haber sido fácil para ella. Frunció los labios y asintió.

Jang caminó con Jindeol hasta el parque de Yeonnam-dong. Por las tardes no estaba tan concurrido como por las noches, pero aun así había bastante gente. A pesar de que la primavera estaba a punto de terminar y la temperatura estaba subiendo, casi nadie iba en manga corta. Mientras cruzaba el pequeño paso de cebra que llevaba hasta el parque, le llamó la atención una chica joven que salía de una lavandería con su colada. Todo el mundo caminaba con

rostros inexpresivos concentrados en sus teléfonos móviles y con los auriculares puestos, pero esa chica mostraba una sonrisa radiante, como si hubiera alcanzado algún tipo de iluminación. El viejo Jang se acercó a la lavandería de la que había salido.

LAVANDERÍA GIRA-GIRA DE YEONNAM-DONG. El letrero estaba escrito con un tipo de letra directo, pero que transmitía cercanía. Encima de cada letra había una lámpara halógena que la iluminaba con calidez. El frontal de la tienda estaba hecho de un vidrio transparente que permitía ver bien el interior, desde el techo hasta lo que sería la altura de la cintura de un adulto, mientras que la parte inferior era de ladrillo de color marfil, lo que daba al establecimiento una sensación acogedora y pulcra. Los rayos del sol de primavera se filtraban hasta lo más profundo del local, donde las grandes lavadoras estaban girando. Había una máquina de café en una mesa de madera junto a la ventana y varios libros colocados en una estantería baja contra la pared.

—Esta lavandería hasta se parece a una cafetería o una librería. El mundo se ha vuelto un lugar mucho mejor, ¿no crees, Jindeol?

Jindeol movió la cola.

Cuando el viejo Jang regresó a casa, lo primero que hizo fue detenerse en el patio y palpar la manta colgada en la cuerda del tendedero. Seguía húmeda, pero con un poco más de tiempo se secaría. El problema era el olor. Tal vez la orina de Jindeol oliera especialmente mal o la vieja lavadora no funcionase bien, porque no parecía que ese olor fuera a desaparecer con facilidad. En cuanto Jang acercó la nariz a la manta, frunció el ceño.

—No tengo otra con la que taparme esta noche para dormir...

Jindeol, que no tenía forma de saber en qué estaba pensando Jang, se tendió boca abajo junto a la jardinera llena de tomates cherri de un intenso rojo bañado por el sol. En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Papá, hemos llegado.

Cuando Jang abrió la puerta, se encontró a su hijo y a su nuera. Ella sostenía en la mano una bolsa de papel de un centro comercial de la que sobresalía la cola de un abadejo seco.

—Adelante, debéis de estar cansados del viaje. Gracias por venir.

—No es cansado, y es el coche el que nos lleva —respondió su hijo mientras se guardaba en el bolsillo las llaves del Porsche con el logo de un caballo negro alzado sobre las patas traseras.

El viejo Jang celebró un sencillo ritual ancestral en recuerdo de su esposa junto con su hijo y su nuera. Como había fallecido en un súbito accidente de tráfico, no tenían un retrato apropiado y utilizaron una foto que se había hecho para renovarse el pasaporte cuando tenía poco más de cincuenta años. Se veía veinte años más joven que cuando falleció.

La pareja tenía que ir a recoger a su hijo cuando terminase la academia de inglés, así que celebraron el ritual antes de las ocho. Al acabar, recogieron apresuradamente la mesa antes de que se hubiera disipado el olor a incienso.

—Hace mucho que no veo a Suchan...

—No tanto, acuérdate de que vino a saludarte y a pe-

dirte la paga por las fiestas del Seollal —replicó su hijo cuando Jang expresó su decepción.

Su nuera, que acababa de terminar de lavar los platos, salió de la cocina con una bandeja llena de fruta y se sentó junto a él.

—Aquí con Jindeol no te sientes tan solo, ¿verdad? También deberías ir al centro de mayores durante el día, para que te dé un poco el sol —dijo ella mientras pelaba una pera.

—Sí, es una suerte tener a Jindeol. Paseamos por el parque y echamos un vistazo por el barrio. Últimamente están abriendo muchas tiendas interesantes.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de tiendas?

—Pues hoy mientras caminábamos he visto una lavandería que prácticamente era como una cafetería. Tenían café y libros. Parece que a la gente le encanta el café hoy en día; vayas a donde vayas siempre hay una cafetería. Aunque la cafeína es buena, también resulta adictiva, así que es mejor tomar algo como té verde o de bambú... Tú también deberías tomar té verde u otros té en lugar de café en el hospital.

—No te preocupes, sabe cuidar bien de su salud —respondió su nuera.

—Por cierto, papá, hay algo que...

Su hijo parecía nervioso y tragó saliva antes de proseguir:

—Quiero decir... Esta casa...

—Olvidalo. No sigas con eso.

—¡Pero si todavía no has escuchado lo que voy a decir!

—Ni falta que me hace. ¿Acaso no vas a empezar con lo mismo otra vez? La historia de reconvertirla en un edificio comercial y que me paguen las rentas. ¡Y que yo me vaya a vivir por ahí a un apartamento diminuto!

—No te pongas así, solo escucha un momento. Mi cuñada, que es guionista de series de televisión, también se compró un edificio en este barrio y lo tiene alquilado. ¿No es genial tener una fuente estable de ingresos? Esta zona se ha vuelto muy popular, lo llaman Yeontral Park. Tú mismo has dicho que has visto algunas tiendas interesantes mientras paseabas. Hay gente que está intentando ganar dinero aunque sea poniendo esa lavandería, ¿por qué insistes en vivir en esta enorme casa tú solo?

La nuera, que estaba cortando la pera en trozos pequeños y colocándolos en un plato, le dio un codazo en el costado a su marido, que había empezado a alzar la voz.

—Tu hijo tiene razón. Vivir aquí solo te está dando trabajo, hay tanto que limpiar... He estado investigando un poco y hoy en día los alquileres en esta zona son mucho más altos de lo que te imaginas. Es mejor que tener la segunda planta abandonada, como ahora.

—Ya estamos otra vez. He dicho que no quiero —dijo Jang con firmeza.

Pero su hijo insistió con aún más ímpetu, como si no pudiera darse por vencido:

—Suchan ha sido admitido en una escuela preparatoria de Fairmont, en el condado de Orange. ¿Sabes cuánto cuesta la matrícula? Como mínimo son cien millones de wones al año. Además, si envío a Suchan y a su madre a California, ¿te imaginas cuánto costará la vivienda, el coche y los gastos de manutención allí?

—¿El condado de Orange? ¿Me estás diciendo que vais a enviar a Suchan a Estados Unidos?

—¿Crees que una escuela normal es suficiente para él, con la competencia que hay estos días?

—A ti te envié a una escuela normal y ahora eres médico en un hospital universitario. ¡Y yo he llegado hasta aquí estudiando con tan solo un lapicero!

—Ya estás otra vez con eso —murmuró para sí el hijo, con la cara un poco roja.

—¿Es que os falta algo? Tienes un apartamento espectacular en Gangnam, ¿es que nunca vas a estar satisfecho? ¿Te acuerdas de lo que dijiste cuando os di mi dinero para pagar la entrada del piso? Que os mudabais allí para vivir tan bien como los demás.

—Pero hoy en día cualquiera puede hacer eso. Deberíamos aspirar a más. Por eso nos gustaría darle la mejor educación a Suchan...

—A eso me refiero. ¿Por qué tenéis que estar constantemente comparándoos con los demás? Eso no solo os va a agotar a vosotros, sino que al final quien también va a sufrirlo es Suchan. ¿No sabes lo que dice el refrán, de que cuando el cuervo intenta andar como la cigüeña termina con las patas rotas?

Su hijo, que sacudía la cabeza como si toda comunicación fuera imposible, se levantó y se puso la chaqueta.

—Muy bien, entonces quédate a vivir aquí para siempre abrazado a tus preciosos recuerdos, que valen más que todo ese dinero. Cariño, vámonos. Vamos a llegar tarde a recoger a Suchan.

Su nuera dejó la pera que estaba cortando y se levantó. Se inclinó levemente hacia el viejo Jang y salió de casa con su marido. Jindeol se acercó a Jang, que estaba sentado en el sofá del salón. Pronto se oyó el ruido sordo de la puerta de afuera al cerrarse.

—¿Tú qué crees, Jindeol? ¿Acaso uno tiene que tirar

por la borda todos sus recuerdos y anhelos solo por dinero?

Jindeol miró sus ojos tristes y le lamió la mano llena de arrugas.

Jang cogió hasta cinco suplementos nutricionales y los engulló de un trago. Eran omega 3, biotina, calcio, magnesio y multivitaminas. También dejó la puerta entreabierta para que Jindeol no volviera a quedarse encerrado. Recogió la manta del jardín, la colocó en el salón y se acostó. Estaba bien seca, no quedaba ni un resto de humedad, pero cada vez que se daba la vuelta todavía le llegaba el olor de orina.

«Por más que utilicé el suavizante ultraconcentrado que me indicó el empleado del supermercado, todavía huele...»

Jang se acurrucó todo lo que pudo y tocó el icono de la aplicación de YouTube en la pantalla de su teléfono. Revisó uno por uno todos los canales a los que estaba suscrito. Principalmente eran canales sobre política o que enseñaban cómo cultivar plantas.

«¡Oh! Le prometí a la señora Hong que le enviaría un mensaje.»

Estuvo a punto de olvidar que tenía que enviarle los complementos nutricionales para las rodillas. Anotó el nombre de hasta seis suplementos y se lo envió.

Durante sus cincuenta años al frente de la farmacia, el viejo Jang no había cerrado sus puertas por razones personales ni una sola vez. A su esposa eso no le hacía especialmente feliz, aunque por otro lado decía que cuando las clínicas estaban cerradas, al menos una farmacia debería

estar abierta, y sin duda apreciaba el sentido de la responsabilidad que Jang tenía con los enfermos. Cuando estaba sola, su esposa cuidaba de la casa justo como el viejo Jang lo hacía ahora. En su único día de descanso semanal, él la acompañaba al mercado de flores de la ciudad de Goyang, compraban árboles y semillas y los plantaban en el jardín. El azufaifo y algunas flores que habían echado raíces habían crecido tanto que se habían extendido hasta más allá del muro, y eran las razones por las que el viejo Jang no podría convertir nunca esa casa en un edificio comercial.

El viejo Jang no lograba conciliar el sueño debido al olor que desprendía la manta cada vez que se daba la vuelta. De repente le vino a la mente la Lavandería Gira-Gira que estaba abierta las veinticuatro horas. Se levantó y dobló la manta. Como era de tamaño individual cabía bien en una de las bolsas de plástico para el *kimchi*. Caminó hacia la lavandería con Jindeol.

Eran casi las once y el barrio estaba más animado que durante el día. ¿Sería por el poder de atracción del alcohol? El viejo Jang, que ya no podía permitirse ni dos vasos de *chongchu*, envidiaba la vitalidad de los jóvenes que bebían cerveza sentados en el césped. Jindeol caminaba un paso por delante de él.

En un momento se encontraron frente a la lavandería. Iba a atar a Jindeol en algún poste que se viera a través de la ventana, pero un cartel anunciaba que LAS MASCOTAS SON BIENVENIDAS, así que entraron juntos. El viejo Jang observó las instrucciones de uso. Hasta las personas mayores podían lavar la ropa sin dificultad, porque todo estaba escrito detalladamente en letras bien grandes.

Jang metió la manta que olía a pis en una de las lava-

doras. Mientras comenzaba el lavado, colocó dos toallitas suavizantes impregnadas con la fragancia característica de la lavandería en la secadora. Tras anudar la correa de Jindeol a un lado de la puerta, el viejo Jang se dirigió a la estantería de libros. Quería encontrar algo que leer, pero ningún título atrajo su atención, así que se sentó con las manos vacías a la mesa que había junto a la ventana. Mientras estaba ahí sentado, observó a través de los cristales el bullicio que había en el parque pasadas las once de la noche.

—Todo esto serán recuerdos para nosotros. ¿No es así, Jindeol? Por mucho dinero que se tenga, es imposible retroceder en el tiempo. La juventud no vuelve ni aunque uno pague cientos de millones.

Jindeol, que estaba sentado en silencio, agitó la cola suavemente en señal de respuesta.

—Ojalá pudieras hablar...

El viejo Jang siguió mirando por la ventana, y luego se fijó en un diario verde claro que descansaba sobre la mesa. Pensaba colocarlo en un rincón creyendo que alguien se lo había dejado olvidado, pero se veía bastante gastado, como si muchas personas hubieran estado usándolo. Lo abrió por curiosidad.

En una esquina de la primera página estaba escrito con letra clara: «Por un mundo en el que todos podamos dormir a pierna suelta sin preocupaciones». La siguiente página tenía la marca del bolígrafo; quien hubiera escrito la frase sin duda había empleado mucha fuerza. Aquel diario verde claro era diferente de otros que contenían detalles triviales de la vida diaria. En la tercera página, una fecha del calendario estaba marcada con una estrella roja.

«¿25 de noviembre? ¿Qué tiene de especial? La Navidad es el 25 de diciembre. ¿Será el cumpleaños del dueño de este diario?»

En la siguiente página, las palabras *retirado*, *recogido*, *entregado* aparecían anotadas en letra grande, y debajo de ellas había un organigrama bastante críptico que decía «Zona 1-1, zona 1-2, zona 1-3». Unas páginas más adelante, encontró el retrato de un hombre que parecía haber sido esbozado a toda prisa con el bolígrafo. Tenía los ojos largos y entrecerrados, cejas cortas y poco pobladas, un puente de nariz alto aunque un poco torcido y labios finos.

Le resultaba familiar. No podía recordar exactamente quién era, pero estaba seguro de que era la cara de alguien a quien había visto por lo menos una vez. Se quedó mirando ese retrato durante un buen rato. Revisó cada capítulo y buscó en los textos, pero no había ninguna pista sobre ese hombre. ¿Se habría dibujado a sí mismo? El viejo Jang rebuscó en sus recuerdos, pero no logró averiguar de quién se trataba.

De darle tantas vueltas, le empezó a palpar y doler la cabeza. Decidió no preocuparse más por ese dibujo. Siguió pasando las páginas del diario, donde habían garabateado cosas como: «estoy esperando a que termine la lavadora» o «me aburro», seguido de preguntas triviales, como gente que pedía recomendaciones de restaurantes que estuvieran bien para comer solo en Yeonnam-dong, o consejos sobre qué ropa ponerse en una cita a ciegas. No sabía si el dueño de la lavandería se lo había dejado o si a alguien se le había olvidado, pero a partir de algún momento muchas personas habían empezado a escribir en él sus preocupaciones, ya fueran grandes o pequeñas.

No quiero seguir viviendo. ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?

Había muchas entradas a las que respondían otras personas, pero su mano se detuvo de repente en esa frase. Debajo no había nada escrito. ¿Quizá porque nadie se atrevía a escribir cualquier cosa ni quería verse envuelto en la vida o la muerte de otra persona? Después de pensarlo mucho, el viejo Jang cogió el bolígrafo de la mesa y escribió cada una de las siguientes palabras con sumo cuidado.

Hay bacterias en la tierra con propiedades antidepresivas. Sé que a los jóvenes de hoy en día les fastidia escuchar las opiniones de los viejos, pero en mis tiempos cavábamos la tierra y jugábamos con ella. ¿Tú también lo hacías? Éramos felices y no teníamos preocupaciones, podíamos lavar nuestro estado de ánimo sombrío tan solo con tocar la tierra. Éramos felices sin saberlo. Te recomiendo cuidar plantas. Toca la tierra, pon las plantas al sol, riégalas y siente el aire fresco mientras lo haces. Seguro que te sentirás mucho mejor y no sabrás si estás cuidando de las plantas o si son ellas las que te están cuidando a ti.

El señor Jang dejó el bolígrafo tras terminar de escribir con una caligrafía clara. Antes de darse cuenta, la secadora que puso había terminado.

«Ojalá le sirva de ayuda a esa persona...»

Jang se levantó, abrió la secadora y sacó la manta. Hundió su nariz en ella; no quedaba ni rastro del hedor penetrante, ni del leve olor a viejo que a veces notaba en su

ropa. Tuvo el presentimiento de que visitaría la lavandería a menudo. Metió la manta en la bolsa de plástico que había traído y ató la correa alrededor del pecho de Jindeol.

Salió de la lavandería y entró en la tienda contigua. Se detuvo frente al frigorífico donde estaban las bebidas y seleccionó una con calma. Por alguna razón, en lugar de solo escribir una respuesta en el diario, quería comprarle a esa persona una bebida energética que tuviera algunas vitaminas. El viejo Jang eligió una botella más grande de lo que acostumbraba.

Después de pagar volvió a la lavandería y la colocó junto al diario. En ese momento, una mujer que parecía estar en la treintena abrió la puerta y entró. Era pasada la medianoche. La mujer tenía unas ojeras muy marcadas. Del cesto con la colada que llevaba sobresalía ropa interior rosa con estampado de fresas. Al observar la ropa interior infantil y a la mujer sorprendida de verlo, al viejo Jang se le ocurrió que quizá ella fuese la persona a la que acababa de responder.

Cuando trabajaba en la farmacia, a menudo venían a visitarle mujeres que sufrían depresión. Tenían el pulso acelerado, porque se pasaban el día alerta y preocupadas por sus hijos. No solo estaban nerviosas, sino que también se sentían impotentes, y le pedían que les suministrase algún medicamento para la depresión que pudieran comprar en la farmacia. El viejo Jang podía darles pastillas Neuromin, que tenían propiedades antidepresivas, pero prefería no venderlas a la ligera. En vez de eso, les recomendaba comer mejillones, porque son buenos para la tiroides, y miel, porque contiene ingredientes beneficiosos para el cuerpo y ayuda a regular los estados de ánimo. Les

decía que si seguían pasándolo mal volvieran a por las pastillas, y con una sonrisa amable les regalaba una bebida energética.

Al viejo Jang le preocupaba que la mujer que tenía delante no volviese a escribir en el diario si se daba cuenta de que la había identificado; suponiendo, claro, que realmente hubiera sido ella quien había dejado ese mensaje. Por eso, se apresuró a salir de la lavandería con Jindeol. Una vez fuera, caminó despacio, con la esperanza de que si era ella leyese su respuesta. La mujer lanzó una mirada cautelosa por la ventana mientras metía la colada en la lavadora.

—Mamá, me he hecho...

Su hija Nahee se acercó a la cama de matrimonio del dormitorio y trató de despertar a Mira. En la frente de Mira había arrugas marcadas y profundas que parecían haber sido talladas por alguien con un tridente. No se despertaba fácilmente por más que Nahee la sacudía. Cuando su madre no se despertaba, Nahee sacudía a su padre, Ucheol, que estaba tumbado a su lado. Su padre replicaba en tono de fastidio:

—Eh, Mira, Jeong Mira. Tu hija dice que se ha hecho pis.

—Uhm...

Cuando Ucheol sacudió a Mira, ella dejó escapar un pequeño gemido y se incorporó. Entonces vio a Nahee junto a su cama con expresión preocupada.

—¿Te has hecho pis, Nahee?

—Sí, la manta... Intenté aguantarme, quería ir al cuarto de baño, pero... Creo que fue en un sueño. La manta está muy mojada.